

Guerra y Captura: Un ensayo sobre la acumulación en el siglo XX

Felipe Victoriano
UAM-Cuajimalpa, México

Resumen:

Este ensayo traza una lectura general del siglo XX, discutiendo algunos escenarios teóricos en torno a la siguiente hipótesis: la coherencia del siglo se encontraría determinada por la continuidad de una sola guerra, por un único y mismo flujo destructivo que se modeló en torno a una deriva que habría que comprender. En primer lugar, comprender esta determinación como el desplazamiento violento que vive la comunidad cuando se enfrenta al límite de su plenitud política, un desgarró que no puede atravesar, sino hundiéndose en una pulsión negativa. Por otro, comprender esta deriva como la historia de una “captura”, de un momento de sujeción que desplegó el Estado sobre su fundamento material, bajo la forma de la agregación masiva de seres humanos, acumulados para el consumo y la producción.

Palabras clave: Guerra, siglo XX, captura, acumulación, Estado

Abstract:

This essay draws a general reading of the twentieth century, discussing some ideas and authors around the following hypothesis: The coherence of the century would be determined by the continuity of a single war; by a single flow of destruction whose historical course must be understood. On the one hand, this determination must be understood as the violent displacement that the community lives when faced with the limit of its political fullness, a wound that can not be cured but unfolds a internal and negative struggle. On the other hand, this course must be understood as the history of a “capture”, which the State deployed on its own fundamental ground, through the accumulation of human energies for consumption and production.

Keywords: War, 20th century, capture, accumulation, State

“En la guerra [...] el exterminio físico, del que por lo general nos sentimos protegidos por la propia sociedad en la que vivimos, se identifica de pronto con el hecho de pertenecer precisamente a ella.”

E. Canetti

1.

Alain Badiou definió al siglo XX, al “pequeño” “siglo maldito”, como aquel en donde la guerra, la violencia desatada, la inmola- ción atroz, alcanzó una dimensión paradójal, acaso paradig- mática: habría producido una subjetividad que, en el momento de su autoafirmación histórica, bajo el imperio de su propia pasión, desató sobre sí fuerzas destructivas y totalizadoras. Para el siglo, que consumaría su secularidad en la técnica y en la repro- ducción del capital, “la guerra no es [...] una mera operación del Estado; es una implicación subjetiva. Una causa absoluta que genera un nuevo tipo de sujeto”¹, pero al que le ocurre, sin embargo, que no puede vivir la plenitud de esta causa, sino frac- turándose en una torsión mortal. Guerra o revolución, guerrilla o crimen, estado policial o insurrección armada, en todas ellas estaría presente la misma fractura subjetiva: la herida inter- na que esta experiencia se inflinge mientras avanza hacia una comunidad de sentido que, en la profundidad de este desgarró, estaría internamente diferida. En esta “época”, arbitraria, asi- métrica, habría tenido lugar una “disyunción no dialéctica”, una “síntesis disyuntiva”, a través del cual se conjugaron las poten- cias vitales de los hombres con el tránsito negativo de la histo- ricidad que reclamaban. “La pasión del siglo es lo real –escribe Badiou–, pero lo real es el antagonismo. Y por eso la pasión del siglo, ya se trate de los imperios, las revoluciones, las artes, las ciencias, la vida privada, no es otra que la guerra. ‘¿Qué es el

¹ Badiou, Alain. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial, 2005, p. 57.

siglo?', preguntó el siglo. Y responde: 'Es la lucha final.' ”²

Pero esta “lucha final” no se proyectó solamente como una batalla por la existencia, en el pulso decisonal de individuos que, concientizados, se incorporaban a la marcha de la historia, como lo plantea Badiou, sino por la excrecencia de lo colectivo, que los capturó mientras se reunían a conjurar la amenaza que presagiaban los tiempos. A esta captura, le es consustancial el curso abrupto que adoptó el siglo con la aceleración impuesta por las guerras, que le fueron constantes y masivas. Entre 1900 y 1993 estallaron alrededor de 54 guerras, mundiales, nacionales, civiles, coloniales, de exterminio, atómicas, que produjeron más muertos que todas las guerras religiosas del siglo XV, la de los treinta años y el siglo de las guerras napoleónicas e independencia juntas³; muertos que ya no pueden ser contados uno por uno, o dispuestos sobre una estructura de contabilidad que los devuelva al registro individual, puesto que ya no hay “unidades” que puedan ser reestablecidas, sino, en otro plano de sentido, una “masa” que crece exponencialmente bajo la sombra de una cifra imprecisable. Esta sombra es el cúmulo orgánico de una agregación inédita de los cuerpos, “impersonal” respecto a la fuerza de su captura, del que estos episodios bélicos extrajeron la materia prima de su energía totalizadora. Y es que las guerras que pueblan al siglo XX emergieron con lo masivo, con la movilización total, con las fuerzas de la congregación inaudita en el zócalo de ese presente absoluto que estos cuerpos debían colmar. La guerra es la masa, la cual es el momento desacralizado de la comunidad, el pueblo desnudo en su corporalidad informe, la “reserva” infinita que acumula la existencia bajo la forma de su subsistencia vital. Pero también emergen porque este vínculo entre guerra y masa no sólo proviene de contextos agonales singulares respecto del plexo de las regularidades históricas, sino que, además, porque a todos estos acontecimientos

² Badiou, Alain. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial, 2005, p 58.

³ Cfr. De Luna, Giovanni. *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*. Madrid: 451 Editores, 2007, pp. 16-18.

los recorre el mismo principio de organización del trabajo y de los saberes tecno-científicos; una compleja máquina que tendrá, como regla de oro, la automatización para fines prácticos de un conjunto de funciones destinadas a mantener vigente la estructura negativa de este vínculo esencial.

Si, como recientemente ha sostenido Giorgio Agamben⁴, a la teoría política contemporánea le hace falta una doctrina de la “stasis”, de la guerra civil entendida como la guerra primera (que estaría en el origen de todas las guerras en la medida en que representa el umbral que recorre el vínculo político e impolítico que mantiene a los hombres juntos), así también, a esta doctrina de la “stasis” le haría falta una teoría del siglo XX, que es el siglo de la guerra, de la “excepción como norma”, de la administración de la vida por medio de su disposición funcional, sobre el horizonte de la aniquilación masiva. En una ilustración forzada, es la época que imagina las grandes escenas colectivas, imaginando su destrucción final; la guerra es la energía que edifica el espacio de realización comunitario, pero a costa del accidente fatal y multitudinario, incluso si este espacio no constituye una escena bélica en estricto sentido, desde el hundimiento del Titanic en 1912 o el espectáculo del Hindenburg en 1937 o el desastre de Chernóbil en 1986. Este último, acaso resumiendo el acto de máxima captura que concibió el siglo, a una escala tal que la idea misma de mundo quedó por siempre bajo amenaza.

En lo que sigue, intentaremos ensayar una lectura general del siglo XX, invocando a ciertos autores y recorriendo algunos escenarios de discusión teórica que bien pudieran condensar la siguiente hipótesis: la coherencia de este curso histórico, arbitrario respecto de su temporalización, infinito en la multiplicidad de sus violencias, se encontraría determinado por la continuidad de una sola guerra, por un único y mismo flujo destructivo que se modeló en torno a una deriva que habría que comprender. En primer lugar, comprender esta determinación como el

⁴ Cfr. Agamben, Giorgio. *Stasis. Civil war as a political paradigm (Homo Sacer II 2)*. Stanford: Stanford UP, 2015, pp. 1-2.

desplazamiento violento, trágico, que vive la comunidad política una vez es enfrentada al límite fáctico de su plenitud soberana, un desgarramiento que la destituye al tiempo que la constituye y que no puede atravesar, sino hundiéndose en una pulsión negativa. En segundo lugar, comprender esta deriva como la historia de una “captura”, de un momento de sujeción que desplegó el Estado sobre su propio fundamento material, bajo la forma de la agregación masiva de seres humanos a un espacio de excepción delineado por la guerra, que ha sido la energía vital acumulada como consumo y producción.

Si la guerra representa el punto en que aparece la inestabilidad inherente en torno a la que oscila el espacio político, que intentaría capturar su efectividad disciplinante y expulsar su residuo negativo, entonces resulta ineludible no citar al siglo XX como el instante de consumación de este principio, en el que la intensidad de la “unidad política” produce la energía disociativa que la amenaza⁵; acaso también, porque la misma palabra “siglo” evoque la esencia del conflicto de una subjetividad autofundada en el *mysterium tremendus* de su devenir secularizado⁶. Allí, habría ocurrido una captura inédita que resultaría necesario comprender. Una captura que tendría la forma de la acumulación industrial y la funcionalidad administrativa del cuerpo social, en torno a un orden económico que regula a las poblaciones humanas dosificando el impulso destructor de su propia potencia comunitaria. Un orden que, sin duda alguna, se encuentra hoy determinado por una estructura global llamada capitalismo, que a su vez, depende de una oligarquía financiera gracias a la instalación intensiva de programas económicos de gestión gubernamental, sobre la base de la organización masiva del trabajo humano y la administración de la vida de los que trabajan.

⁵ Agamben, Giorgio. *Stasis. Civil war as a political paradigm*, p. 19.

⁶ Esencial aquí, la reconstrucción que Roberto Esposito realiza sobre el debate que suscitó el “paradigma de la secularización” en el siglo XX. Cfr. Esposito, Roberto. *Dos. La máquina de la teología política y el lugar del pensamiento*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2015, pp. 35-109

2.

En 1915, meses después de que se iniciara la Primera Guerra Mundial, Freud publicó un breve ensayo titulado *Nuestra actitud hacia la muerte*⁷. Allí, elabora una serie de argumentos en torno a lo que, en Europa, difusa y convulsa, se venía imponiendo de manera rotunda: la experiencia social de la muerte masiva. En cierto sentido, esta experiencia coincidía con otra, tal vez anterior o inmediata, que hacía que los hombres se congregaran para organizar sus flujos libidinales y, así, disponerse a una captura colectiva. Las masas eran las energías renovadas de la época, que irrumpen con el eco de lo discontinuo y lo efervescente, pero también de lo re-productivo, de la serialidad, de la multiplicación.

La muerte “ya no se deja negar”, escribe Freud con tono conclusivo y lleno de actualidad: “es preciso creer en ella”⁸. Pero, ¿se puede acaso creer en la muerte? ¿Qué significa creer cuando en lo que hay que creer es en aquello que, precisamente, anula toda creencia? Al menos, la creencia primordial: la fe de que se es. Freud pareciera sugerir que la guerra, desplegada por las naciones industriales bajo el influjo de la tracción mecánica, habría removido cierta imagen de la muerte, a través de la cual la comunidad lidiaba con su finitud constitutiva. Habría ésta movilizado una pulsión inherente de destrucción, confirmando que la vida en común está organizada sobre existencias que deben agruparse, convivir, con el propósito de conjurar aquella “irrealidad” que, sin embargo, los habita.

Digamos que, antes de esta guerra, que fue llamada la Gran Guerra, la muerte conservaba una imagen “familiar” para la cultura finisecular. Familiar, en la medida en que aún poseía sus rasgos intimistas y convencionales, aconteciendo como una oscuridad mítica en el corazón de la casa. La muerte era, en la aventura secular o en el viaje espiritual al origen, la última es-

⁷ Freud, Sigmund. Obras Completas Volumen XIV: *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Buenos Aires: Amorrurto, 1984, pp. 290-301

⁸ Freud, *De guerra y muerte*, p. 292.

tación del destino trágico que habita la temporalidad de los vivos. Éstos, dice Freud, la imaginan a la distancia, proyectada en los héroes literarios, en aquellas figuras atroces que encarnaron el acto de su propio fin como un instante sublime, pero del que no podían escapar, sino a condición de enfrentarlo. Esto último, debido a que “en el ámbito de la ficción hallamos esa multitud de vidas que necesitamos. Morimos identificados con un héroe, pero le sobrevivimos e incólumes estamos prontos a morir una segunda vez con otro”⁹.

Sin embargo, la guerra comenzaría a desbaratar el perfil de esta cultura, donde palabras como Humanidad o Civilización comienzan rápidamente a entrar en crisis. No se trata de una pérdida de rumbo, una “pérdida de sentido” que hace que esas palabras no encuentren pertinencia en el mundo que las produjo, como al hecho de que, al *sentido* mismo, le acontezca la pérdida como un episodio constitutivo, fundamental de la idea misma de mundo. De ahí que Walter Benjamin imagine a esta catástrofe no sólo en el campo de batalla y su devoración siniestra —“esa tormenta” que impide que “el ángel de la historia” “despierte a los muertos”¹⁰—, sino también en aquellas vidas que son arrojadas al retorno infinito, los sobrevivientes, que volvían arruinados a ocuparse de su existencia, pero sin presente. Morir, no significará más la identificación secular con el héroe moderno —cuya muerte representaba la autoafirmación de la subjetividad moral— sino el hecho brutal de la muerte masiva, allí donde el héroe se disipará en la anonimidad de los cuerpos como una mancha ocre en el campo de batalla.

Digamos que la muerte se había revestido de una sustancia trágica, precisamente para proteger la integridad ontológica de aquella subjetividad que saltaba al fin de los tiempos. El héroe moderno cumplía el papel de encarnar un acto trascendental en

⁹ Ibid.

¹⁰ Benjamin, Walter. “Sobre el concepto de historia”. *La dialéctica en suspenso. fragmentos sobre la historia*. Trad., introducción y notas, Pablo Oyarzún. Santiago de Chile: Arcis-Lom, 1995, p. 54

un tiempo de consciencias secularizadas por la técnica, por medio de una decisión que comprometía el fundamento último de la época. Entonces, el ocaso del héroe moderno adviene no sólo como la consciencia que acepta el límite impuesto por la representación técnica del mundo, su “malestar en la cultura”, sino también como la imposibilidad de dotar lo trágico de un contenido trascendente. La guerra había impuesto la necesidad de establecer, a diferencia de la ficción, otra relación con la muerte, otra relación que se ajustara a la experiencia cotidiana que, con ella, venía sucediendo. Escribe Freud:

Los hombres realmente mueren; y ya no individuo por individuo, sino multitudes de ellos, a menudo decenas de miles en un sólo día. Ya no es pura contingencia. Por cierto, todavía parece contingente que un determinado proyectil alcance a uno u otro; pero al que se salvó quizá lo alcance un segundo proyectil; así, la acumulación de la muerte pone fin a la impresión de lo contingente. La vida se ha vuelto nuevamente interesante, ha recuperado su pleno contenido.¹¹

Lo interesante de este breve ensayo, radica en el hecho de que la oposición entre ficción y muerte encuentra su contenido en la experiencia de la guerra, que traza, a su vez, la diferencia entre lo real y la fuerza histórica que lo define. Y es que “los hombres realmente mueren”, y en esto consiste la radicalidad de aquellos tiempos: el *factum* de la guerra quiebra la relación entre ficción y muerte como un acto compensatorio exitoso, debido a que esta relación provenía de una actitud que no había considerado la acumulación de muertos como un hecho psíquico relevante. La ficción fracasa, desoperacionaliza su función suplementaria en el instante en que la muerte se disemina arbitrariamente por el mundo, produciendo la percepción de que “los hombres *realmente* mueren” en el inefable y vertiginoso hecho de la “acumulación”. Era como si los individuos que partían al frente fueran

¹¹ Freud, *De guerra y muerte*, p. 292.

disueltos en una estructura que suprimía la excepcionalidad de sus existencias, para luego disponerlos ante las fuerzas destructoras de la maquinaria pesada, de los gases venenosos, de las ráfagas infinitas. La pérdida de la contingencia, de lo impredecible, de eso que propulsa la existencia individual hacia su plenitud, significaba la caída a las bóvedas de la acumulación, del cálculo y el registro, de la predictibilidad mecánica en el proceso anónimo de aniquilación. Después de todo, serán precisamente esos individuos y sus traumas de guerra, acaso el hecho mismo de haber sobrevivido a esta acumulación, lo que le dará a Freud el historial de “casos” con el que imaginó el funcionamiento del aparato psíquico.

Es así como la guerra inaugura un campo de reflexión en torno a los límites de la representación del mundo, la acumulación como dato de cultura, pero un campo de reflexión que debía desplazar a la ficción para poder conservar la experiencia dislocante de la muerte masiva como el acontecimiento que signaba a la época. La muerte había dado un paso más allá de la ficción, comprometiendo con ello el espacio de representación, a través del cual el mundo mantenía su integridad subjetiva. Esto último, “porque en la crisis de la guerra, lo que en primer lugar declina es justamente el cuadro conceptual a través del cual los acontecimientos se organizan en un horizonte de sentido”¹². Para Freud, la guerra era el acontecimiento que había removido la estructura de representación social de la generación a la que pertenecía: la muerte se había vuelto una facticidad capaz de acumularse como resto abyecto en el cierre mismo del proceso civilizatorio, “sellando con un golpe de irreversibilidad fatídica el ánimo general de la época”¹³.

¹² Rella, Franco. *El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempos de crisis*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1992, p. 83

¹³ Galende, Federico. *La oreja de los nombres*. Buenos Aires: Editorial Gorla, 2005, p. 53

3.

Veinticinco años después de que Freud escribiera este ensayo, se inicia, en Europa, La Segunda Guerra Mundial, precisamente cuando Europa ya no representa más al “mundo”, el meollo de la geopolítica del capitalismo industrial y su poderío técnico, o bien, el mundo comienza con esta guerra a ser otra cosa que la deriva imperio-colonial de los Estados europeos. La Segunda Guerra inaugura otro mundo, lo precipita sobre una generación que, de pronto, “se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes habían cambiado, y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano”¹⁴. Así como a la técnica que planificó las ciudades, las instituciones formativas, la ley, le fue consustancial poner a trabajar a sus ciudadanos bajo la sujeción novedosa de la tracción mecánica, así también a los campos de exterminio, a las cámaras de gases, a la solución final, a la bomba atómica, le fue necesario desplegar una racionalidad técnica más allá del horizonte de sentido en que se tramaba lo técnico, para así concentrar cuerpos, poblaciones, en un espacio de excepción hasta entonces inédito. Esta vez, “la acumulación” no sólo hará visible la oposición entre muerte y ficción, entre hecho y representación, sino también revelará el límite de la propia comprensión moderna del mundo: ahora la noción de acumulación encontraba su fundamento en la racionalidad técnica con la que esta guerra moviliza las energías vivas que consume. En esta guerra, la movilización será total y la acumulación de energías, sistemática y racional, poniendo la vida de millones de individuos en un punto tal de intervención que, como sostuvo en alguna oportunidad Hannah Arendt, en ellos ni siquiera “la muerte encontró un rostro donde estampar su sello”.¹⁵

¹⁴ Benjamin, Walter. “Experiencia y pobreza”. *Obras*, Libro II/vol. 1. Madrid: Abada Editores, 2007, p. 217

¹⁵ Citado en Schmucler, Héctor. “Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello. Reflexiones sobre los desaparecidos y la memoria.” *Revista Confines* 03 (1996): 9-12.

Sin duda alguna, esto pondrá en crisis no sólo el marco de representación en que las cosas del mundo son simbolizadas, sino también la posibilidad misma del mundo *como* representación. ¿Cómo presentar lo impresentable?¹⁶ ¿Cómo decidir sobre el sentido de lo que ocurrió si, precisamente, lo que ocurrió fue la destrucción total del sentido? Se trata de la dimensión inefable que alcanza la destrucción de la vida a lo largo de esta guerra, que fue librada por sociedades mecanizadas de masas cuya organización conservaría siempre una complicidad con la racionalidad que la propulsó. Si bien, en Freud, a la guerra le sucede el trauma, que es la herida susceptible a la sutura analítica en torno a la que se reelabora una nueva integridad psíquica, a la acumulación que esta guerra desata no le sucede nada, acaso el resto, que debe ser entendido aquí no como un afuera, que la desafía desde su exterioridad, sino como su exceso irreductible, producto de una violencia ilegítima, siempre interior, que éste vendría a nombrar. Pero habría que insistir: ante la magnitud de esta acumulación destructiva, que se realiza borrando la singularidad de los cuerpos a una escala industrial, ¿qué queda entonces? Mejor dicho: si la guerra es el espacio de excepción del nombre, donde toma lugar lo que precisamente “no tiene nombre”¹⁷, ¿cómo entonces conservar la memoria de lo que queda,

¹⁶ En un breve texto titulado “Fragmentos de un diario público sobre la guerra estadounidense contra Irak”, Alain Badiou escribe: “En tiempos de guerra se pueden distinguir tres tipos de imágenes: las imágenes mostradas por los dos campos, imágenes ‘con disponibilidad abierta’; las imágenes mostradas por un solo campo; las imágenes que nadie muestra” (Badiou, Alain. (2005) *Filosofía del Presente*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, p. 31). Sobre estas últimas, las cuales no poseen ningún “protocolo de mostración” autorizado, son precisamente las imágenes de *lo real* de la guerra. Su invisibilidad no consiste solamente en el modo de represión y censura que ostentan (en donde lo impúdico acontece como esencia misma de la guerra) sino también, en el hecho de que la guerra en sí misma carece de imagen. Pensar la guerra es, dice Badiou, “pensar sin ver”, es decir: tematizar lo que podría hoy ser eso llamado guerra como ejercicio crítico que se sustrae (a sí mismo) de una metafísica de la mirada.

¹⁷ Ciertamente que esto pone al siglo a pensar la cuestión del nombre, asunto que no consiste sólo en nominar o indicar lo que ocurrió, sino de producir precisamente el lugar en donde la indicación y la ocurrencia resultan posibles. Es decir, la cuestión del nombre es la posibilidad del presente, de tramar la distancia crítica que permite contemplar reflexivamente “eso” que se resiste al nombre. Pero la cuestión del nombre abre también al siglo a una torsión compleja, crítica, puesto que, al nominar, en el

así, innominado, situado en su propia resta? Sí, como ya hemos dicho, la guerra no sería la exterioridad negativa en torno a la cual se funda la comunidad política, sino su interioridad más inmediata, ¿cómo nombrar o inscribir acaso a esa “otra muerte” que arrastra a los sujetos hacia una acumulación que sólo busca acabar coordinadamente con sus existencias?

La relación ambigua que mantendría “nuestra cultura con la muerte” –ha escrito Giorgio Agamben–, “alcanza su paroxismo después de Auschwitz”¹⁸, que se ha convertido en el nombre de lo que “no tiene nombre” (es el nombre de un lugar que no tiene lengua). Esto último, debido a que allí se habría configurado un espacio singular, “biopolítico” según sus términos, a través del cual la tensión constitutiva entre vida y muerte encontraría una dimensión paradójica. A diferencia de Freud –para quien la ruptura entre ficción y muerte volvía a la vida interesante, recuperando “su pleno contenido”–, Auschwitz es el lugar en donde acontece una nueva administración de esta diferencia: “una absolutización sin precedentes del biopoder de *hacer vivir* se entrecruza con una no menos absoluta generalización del poder de *hacer morir*, de forma tal que la biopolítica pasa a coincidir de forma inmediata con la tanatopolítica”¹⁹. Digamos que la dialéctica pulsional entre vida y muerte revelaría ahora una secreta complicidad, vinculándose al interior de un complejo sistema de administración de esta diferencia. En el asombro a lo inconmensurable, en la parálisis colectiva, la organización de las “fábricas de la muerte” había superado con creces la imagen de la guerra como “acumulación de muertos”. La generación que vivió “en habitaciones que no habían sido nunca tocadas por la

rito destinado a consagrar la diferencia, el nombre inscribe, captura. Es, en torno a este contraste, que lo que “no tiene nombre” constituya a su vez una potencia, una fuerza que se propulsa desde su propio vacío, autodeterminada. Es la posibilidad en lo imposible, desde la cual emerge la promesa del nombre, “una lengua de los nombres”. (Cfr. Derrida, Jacques. *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Editorial Tecnos, 2002, p. 73)

¹⁸ Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo (Homo Sacer III)*. Valencia: Pre-Textos, 1999, p. 83

¹⁹ Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, p. 87

muerte”, que “había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos”²⁰, tuvo que enfrentarse nuevamente a un mundo en que se desbarató el sistema compensatorio en torno al cual el horizonte de inteligibilidad del fin, de la muerte, quedaba asegurado.

En este sentido, Auschwitz, el epicentro fragmentario de esta guerra, trastocaría para siempre el marco de excepcionalidad que impulsó al héroe moderno a enfrentar su destino trágico. Ahora, el “campo de batalla” resulta indistinguible del “campo de concentración”, y la acción política de su disolución destructiva. La idea misma de acumulación pasa a un nuevo orden semántico, a través del que ya no se describe un rasgo inédito de la muerte en la batalla (como en Freud), sino al horror mismo, una vez la guerra trascendiera la batalla y pasara a ser el principio de acumulación de las naciones. Allí, en el horizonte del dominio técnico de las fuerzas vivas, el héroe no será más “aquel que seculariza lo teológico, ni quien quiere restituir el siglo a su antigua matriz teológica, sino quien abre dentro de éste un punto de trascendencia destinado a ponerlo en contraste consigo mismo”²¹.

En Auschwitz, entonces, se habría abierto un espacio imposible, un umbral de indiferenciación que alteró el punto de verosimilitud en el que ser y no-ser resultan momentos lógicos mutuamente excluyentes. Toda esta sofisticación técnica en la organización de la guerra bajo la forma del horror, canceló la posibilidad de que el sujeto pudiera calibrar, en el instante sublime, el sentido final de su sacrificio. En el paso de ser al no-ser, no había ya un salto autoafirmativo en lo trascendental, sino un acto serializado al interior de un horizonte inmanente de excepción. Es, en este horizonte, que la vida humana alcanzaría su acumulación más radical y más paradójica: habría sido vaciada de sus atributos ontológicos sacralizando al máximo su contenido formal, llevándola al extremo lógico de su figuración

²⁰ Benjamin, Walter. Op. cit., p. 217

²¹ Esposito, Roberto. *Dos. La máquina de la teología política y el lugar del pensamiento*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2015, p. 55.

orgánica. En el momento de su mayor condensación política, la vida alcanza su mayor determinación técnica, coincidiendo precisamente con la máquina inerte que la captura. Digamos que la maquinación de la guerra consistió en la apertura de un pliegue en el cuerpo político que lo disolvía *de sí*, al tiempo que lo integraba *a sí*, produciendo un umbral de extrañamiento del cual no pudo sustraerse. El horror fue, en este contexto, la guerra *como* diferencia entre vida y muerte, la maquinación misma de la guerra que calcula la dimensión indecible en la que se proyecta la muerte.

4.

Pero la guerra no fue sólo la masificación del aparato de excepción que serializa la muerte en el momento de su crispación tecnocientífica, sino también la captura subjetiva, la apropiación masiva de la vida al orden racional que la impulsa y la determina. “Captura” no significa acá, sin embargo, que un poder externo o ajeno atrape, en un acto técnico, a una subjetividad que le resultaría siempre heterogénea, sino, más bien, el hecho a través del cual lo que la subsume estaría contenido en ella, vendría de ella, le sería consustancial, del mismo modo en que el cuerpo capturado es una producción de la captura. El aparato invoca, congrega en un acto de articulación energías de transferencia que el mismo sujeto produce. Así, la guerra no sólo desata la energía solidaria que reúne a los cuerpos que la padecen, también libera la fuerza con que esta reunión puede ser contenida, anticipada, dispuesta. Entre el Estado, ese Leviatán que se confunde tanto con una máquina como con una entidad monstruosa y la organización de la vida social, a través del trabajo industrial, que es otra máquina, colindante y colosal, se produciría una juntura en la que quedarían atrapadas las energías humanas, acumuladas allí por la fractura subjetiva que su alienación interna alienta.

Podría postularse, en un cierto plano general de determinaciones históricas, que la gran industria de la guerra que se desplegó con ferocidad a lo largo de estos años, consuma el modelo

de desarrollo del capitalismo industrial que se arrastra desde el siglo XIX. El tren, símbolo técnico del desarrollo industrial, es el primer aparato que encarna al Estado en su función política bajo el principio de la penetración territorial. Dicho de modo técnico, el capitalismo de Estado, especialmente el de la posguerra, se realiza *con* la guerra, se vuelve efectivo en la medida en que funda otra lógica de expresión del mundo, otro plano material de existencia, a través del cual la diferencia entre vida y muerte adquiere su forma productiva.

En este contexto, es posible que el éxito del fordismo, al igual que la estandarización del producto industrial, se haya debido menos a la activación productiva del consumo que a la demanda masiva de fabricación de armas, la que, a su vez, resulta indisoluble de la producción en serie de individuos dispuestos a tomarlas. La cadena de montaje, que Chaplin inmortalizara en 1936 con una máquina engullendo a su operario, no sólo metafórica la amenaza a la explotación enajenada bajo la organización capitalista del trabajo, sino que también expresa la posición del trabajador sometido a la temporalidad productiva de la guerra mecánica, que es la que controla el tiempo vital con que estos se adhieren a las máquinas de trabajo, acelerados exponencialmente. La serialización masiva de la década de los 40' y 50', que es también el momento de consolidación del Estado como aparato de captura administrativa, no nacerá con los electrodomésticos y la funcionalización de la vida, sino con la industria de los pertrechos y las balas, puesto que la guerra es un vector que acelera el proceso productivo, acelerando al tiempo mismo. La estandarización de la serie, la formalización de la calidad, son los fundamentos abstractos de esta captura, la cual llevará el sello paradójico de la concentración y la destrucción masiva.

Así, lo masivo para el siglo no fue simplemente la experiencia de la producción en serie, la automatización del proceso de trabajo y sus consecuencias para la vida social envuelta en el consumo, la homogenización del gusto en “la época de su reproductibilidad técnica”. Fue también una fuerza negativa que captura a la subjetividad en un movimiento incontestable de

neutralización. Lo masivo es la experiencia de estar bajo la captura total de la masa, esa dimensión corpórea de lo colectivo que funciona de acuerdo a su propia lógica de propulsión y que nos inmoviliza y, a la vez, nos moviliza hacia una dimensión que Ellias Canetti resumió de un modo esencial: allí no “se perdona a mujeres, niños ni ancianos, ni se lo distingue de los hombres. Todo esto forma parte de la naturaleza de la masa, en la que todos son iguales; y aunque uno mismo ya no se sienta masa, aún sigue rodeado enteramente por ella”²². La manada, la colmena, la tropa: aquel espacio de densidad y movimiento que subsume a la individualidad, poniéndola a operar en otro cuerpo, en otra estructura de funcionamiento del cual ésta sólo constituye una parte.

El siglo XX se encargará de manifestar esta captura como el núcleo irresuelto de lo moderno. En el plano de la consciencia, el vórtice que se abre bajo los pies y que, al igual que terror, genera una constante fascinación por la caída: el vértigo ante la afirmación absoluta de la vida precisamente allí, donde ya no queda nada, salvo el acto anónimo de su inmolación definitiva. En lo sucesivo, dará lo mismo si este acto ocurre en el frente de batalla o en los engranajes de la máquina de trabajo, puesto que ambos escenarios resultan ya indistinguibles. Algo de sí estaría entregado a las fuerzas que lo capturan, transformando cualquier soberanía decisonal en una economía de guerra. No olvidemos tampoco que este siglo es el de “la bestia” de Mandelstam, la bestia sin columna vertebral, quebrada en su interior por fuerzas destructoras y que Alan Badiou describió con una imagen de asedio continuo, una pesadilla insistente, pero fascinante: la ruptura entre la facticidad vital de los hombres y la potencia incontestable del devenir, “entre la evidencia del poderío bestial del tiempo y la norma heroica del [encuentro] cara a cara”²³ con la historia. El suceder de las guerras del mundo, la

²² Canetti, Elias. *Masa y poder*. México: Random House Mondadori, 2005, p. 85

²³ Badiou, Alain. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial, 2005, p. 31.

fuerza desplegada en la acumulación de los recursos de la vida y la entronización planetaria del capital, constituirán los escenarios más encarnizados de esta fractura.

5.

La Guerra Fría, es decir, la expansión de una forma particular de guerra al interior de un horizonte de intereses supranacionales, constituyó para el siglo el momento de mayor condensación de esta fractura subjetiva. Una guerra ideológica que se extendió y se libró a un nivel planetario, pero, esta vez, a diferencia de las guerras mundiales anteriores, *Cold War* fue la forma de la guerra como amenaza a la inmolación nuclear del mundo, a la inminente extinción de la idea misma de mundo. La globalización, entendida como el actual panorama de integración económico-política que viviría el planeta, sólo es posible allí donde la propia noción de mundo se encuentra bajo amenaza, ante la inminencia del cataclismo financiero o el ataque nuclear irreversible. Digamos que la Guerra Fría es, en este contexto agonal de baja intensidad, la propia amenaza de la guerra, la pre-guerra: el instante como emergencia total de la guerra y como condición efectiva del mundo.

Esta guerra puede ser pensada como la formalización de la captura que los Estados-nación hacen de las anteriores. Es la regulación del conflicto, a través de la amenaza absoluta de incendiar el presente, lo que Paul Virilio llamó “la guerra *pura* ”, allí donde ésta no es más su ejecución en el campo de batalla, frente al despliegue geográfico del enemigo, sino su inminencia absoluta, su estado de “preparación permanente”²⁴. Es como si los Estados nacionales que habían ganado la guerra no le habrían puesto fin, sino que, en cambio, habrían desplegado mecanismos de control y apropiación, intentando sobrecodificar sus flujos destructivos. Pero esta sobrecodificación es siempre paradójal, “autoinmunitaria”, como la “radioactividad”, que es

²⁴ Virilio, Paul. *Pure War*. New York: Semiotext(e), 1983, p. 92.

el devenir incontrolable del control. La bomba atómica que cayó en Hiroshima mató al tercio de la población de manera instantánea, fulminados todos, evaporados por ese rayo incandescente que los atravesó la mañana del 6 de agosto de 1945. El resto porcentual de esta cifra infame, irá muriendo a las horas, a los días, a las semanas, por años y el resto de este resto, los sobrevivientes, los *hibakusha*, serán condenados a vagar por las ruinas, ciegos, ardiendo en silencio. Es la guerra como extinción, como “fin absoluto”, acumulada toda como energía en una bóveda de acero dispuesta ser detonada a distancia. En esta imagen infinita que irradia con su luz blanca todo el siglo XX, se concentra la inminencia de la guerra como destrucción total, que extingue la vida sin excepción alguna, a una escala tal que incluso ya no quedan rostros, ni cuerpos, ni muertos que puedan ser acumulados.

Pero habría allí otra determinación, igual de efectiva, hacia la que habría que necesariamente transitar. Para Deleuze y Guattari, pensadores del siglo, en la captura de la guerra por las fuerzas productivas del Estado (que acumulan y disponen energías vivas), éste se da una “máquina de guerra”, se apropia de la guerra capturándola, haciéndola consistir en otro plano de expresión, bajo otras intensidades. La guerra es modulada, drenada cuando su fría pulsión disolutiva atraviesa el plexo maquínico del Estado. Pero, entre “guerra” y “máquina de guerra” media la captura, que es la formalización que se despliega sobre el flujo de destrucción que concita la máquina y que, coincidentemente, produciría al propio aparato de captura. El Estado no sería posterior ni el resultado de sociedades primitivas nómadas que se habrían agrupado bajo el mecanismo de la pulsión imperial, sino consustanciales a éste, constituyendo una exterioridad que siempre estaría interiorizada, anticipada en su propia forma de aparato. “Hablando como Derrida –escribe Deleuze y Guattari–, diríase que la guerra es el ‘suplemento’ de la máquina de guerra”²⁵, que a su vez sería el “suplemento” del aparato.

²⁵ Deleuze, G.; Guattari, F. Mil Mesetas. *Capitalismo y Esquizofrenia*, p. 417.

Bajo esta posición, la guerra no sólo es la forma negativa del Estado, su doble antinómico que viene de afuera a combatirlo, sino su interioridad más radical, el exceso irreductible que la asedia desde dentro y que habría siempre estado allí, latiendo en silencio. El Estado, en tanto aparato de captura, estaría entonces siempre habitado por un “flujo intenso de destrucción y abolición pura”, preparando su inmolación en una suerte de “nihilismo realizado”²⁶. Se trata de una pulsión suicida que tiene la forma de la “guerra total”, entendida no bajo el axioma clásico de la guerra subordinada a fines políticos, sino por su anverso, allí donde ésta no sólo pasa a constituir los fines políticos del Estado, sino también a encarnarlo operativamente. El Estado no está en guerra, sino que *es* la guerra, puesto que lo que sucumbe en este espacio agonal de apropiación es su propio principio de legitimidad: la comunidad política que internamente lo sustenta. En este sentido, cuando el Estado se ha apropiado de la guerra, es decir, cuando la guerra misma lo tiene por objeto, “el aparato del Estado *se apropia* de [una] máquina de guerra, la subordina a *fines* ‘políticos,’ le da por *objeto* directo la guerra”²⁷. Pero, simultáneamente, bajo el principio de un acoplamiento indirecto, la máquina de guerra se da a su vez un Estado, se construye un aparato de captura cuando entra en contacto con esta nueva lógica territorial, sobredeterminando su propio ámbito de control. La máquina de guerra es el “caballo de Troya” que amenaza con implosionar al Estado desde su propia dinámica productiva.

6.

En el ocaso del siglo, la tendencia global del Estado nacional, que había incorporado masivamente la vida pública a estructuras de inscripción, fue a desintegrarse, a minimizar sus funciones políticas, desagregándose como aparato administrativo. Comenzaba a trastocarse el conjunto de relaciones que esa

²⁶ Deleuze, G.; Guattari, F. Mil Mesetas. *Capitalismo y Esquizofrenia*, p. 233.

²⁷ Deleuze, G.; Guattari, F. Mil Mesetas. *Capitalismo y Esquizofrenia*, p. 420.

“vida” pública requería para asegurar su presencia social en el mundo, debido a que el *nomos* ya no estaba en la tierra, sino en el espacio desterritorializado del capital. El Estado comenzaba a dismantlar su aparato de captura, liberando fuerzas que hasta entonces se mantenían codificadas por la racionalidad política, acopladas a las dinámicas de la planificación centralizada. De pronto, la “acumulación” no necesitó más de Estados ni de naciones, para asegurar una biopolítica del cuerpo productivo, el cual había saltado a otro plano de consistencias, a otra dimensión de captura. La “lógica del capital” comienza a ser encarnada por entidades que no son estatales ni para-estatales, que ni siquiera reclaman la soberanía de un Estado ni son propiamente internacionales; sociedades ecuménicas, financieras, bandas, carteles, con sus filiaciones y dinámicas de captura, con sus guerras y sus propias máquinas de guerra.

Según ha sostenido Paul Virilio, esta tendencia que desgarrar al Estado ocurre en el tránsito que va de la organización estatal clásica, cuyo paradigma era el monopolio de la fuerza física anclada a la tierra, a aquel tipo de organización en el que el poder del Estado es puesto en movimiento expansiva e intensivamente, desdibujando y excediendo los límites de su efectividad territorial²⁸. Después de la primer gran guerra, aparece no sólo el complejo militar-industrial como fuente de movilización y expansión de los recursos nacionales, sino que también, se da nacimiento al armamento transportable, movilizándolo la propia noción de guerra más allá de lo estrictamente geográfico, cuya consecuencia será la velocidad de ataque, desde el *Blitzkrieg* a los actuales *selective attack* sobre objetivos distantes e invisibles.

Se trata de la “militarización del espacio” y el advenimiento de la velocidad y la aceleración como reguladores de la acción política del Estado (su carácter *dromológico*), en desmedro de la geopolítica clásica y la delimitación espacial de los territorios. Así, la guerra pierde su forma convencional, mutando desde el

²⁸ Virilio, Paul. *Velocidad y política*. Buenos Aires: La Marca Editora, 2006, pp. 13-39.

fragor de los campos de batalla a un tipo de guerra que prolonga la guerra por otros medios, a una velocidad tal que, como ya hemos dicho, la propia disuasión nuclear es ya su ejecución, el instante mismo en guerra. Esto último resulta consustancial al auge de una clase militar no nacional, “una super-policía interna”²⁹, destinada a acelerar exponencialmente esta amenaza, en un movimiento inclusivo que tendrá como objeto a las propias poblaciones humanas. Del mismo modo en que hoy día el crimen es indistinguible de una agresión armada o un policía de un soldado de guerra, no sólo en el ámbito de los protocolos internos, sino también en el plano jurídico e internacional, así también a la clásica oposición entre guerra como enfrentamiento armado, y “estado de guerra”, que es el momento declarativo o formal, le ocurre un momento de indeterminación. La guerra no distingue adentro ni afuera, ni nacional ni internacional, puesto que la crisis agregativa del Estado-nación (la captura del ahorro masivo de millones de asalariados por organizaciones privadas), liberó de coordenadas estatales a “las máquinas de guerra” acopladas al aparato. Se inaugura así un proceso que Virilio denominó “endo-colonización”, cuya característica central será el sustento programado de un estado de guerra al interior de una guerra “contra [la] propia población”³⁰.

De este modo, se configura un espacio de militarización que tiene por objeto resolver la posición del Estado en el horizonte de amenaza desplegado por su propia máquina de guerra, pero a la luz de un proceso “endocolonizante”, de depuración del cuerpo social, al punto de producir un nuevo modo de administración de la guerra y sus efectos económicos en la población. El Estado (de Bienestar, por ejemplo) sufrirá así un cambio esencial: éste ya no disciplina al cuerpo social en busca de asegurar la fuerza productiva que requiere el capitalismo, sino que, de ahora en más, elimina parte sustancial de ésta. Despliega un último horizonte de intervención donde todo el Estado, en cuanto aparato

²⁹ Virilio, Paul. *Pure War*. New York: Semiotext(e), 1983, p. 94.

³⁰ Virilio, Paul. *Pure War*. New York: Semiotext(e), 1983, p. 95.

de captura, se encuentra dirigido hacia la consecución de un mismo fin: destruir parte sustancial del cuerpo social, a través del cual el viejo patrón de acumulación nacional se sostenía. Así, la administración del capital nacional pasa a depender directamente de una máquina global cuya función será reinscribir la relación entre política estatal y producción mundial: una operación intensiva de desmantelamiento de un modo particular de comunidad política y de los cuerpos inscritos en ella, establecido a través de una articulación interestatal determinada por la guerra y la nueva fase expansionista del capitalismo.

Habría, entonces, una profunda relación entre endocolonización y el momento de apropiación de la *guerra* por parte del Estado. La guerra interna, desatada por ejércitos nacionales en contra de su propia población, coincide con esa pulsión suicida que cruza la trayectoria del Estado, y que culmina con su propia desagregación anómica. De ahora en más, todas las guerras que vengan, declaradas o no declaradas, se encontrarán regidas bajo esta tensión que desgarrar el interior del Estado que engendra y estimula precisamente las fuerzas que lo capturan. Guerras que no serán sólo cartesianas, en el sentido antiquísimo de la correspondencia entre el reparto aritmético de los bienes (el botín) y el reparto geométrico del espacio (colonización); guerras entre ejércitos formados por tecnologías disciplinantes, que representan los intereses de un Estado o de una nación, que a su vez representa a una estructura artificial fundada en la ley. Ni simétrica ni asimétricas, sea entre potencias imperiales, entre ejércitos profesionales, o bien, entre el poderío militar colonial y alguna fuerza insurgente. También serán guerras entre poblaciones civiles, sobre poblaciones anónimas sujetas a dispositivos de excepción que ya no están en la ley, sino que son la ley: multitudes extranjeras o nacionales, sin lugar ni registro, descartadas por el aparato de inscripción social y que, durante estas guerras, serán aniquiladas bajo un proceso cuya finalidad última, nuevamente, no será otra que expulsar cuerpos sin vida a una fosa de cal.

Felipe Victoriano

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo (Homo Sacer III)*. Valencia: Pre-Textos, 1999.
- . *Stasis. Civil war as a political paradigm (Homo Sacer II 2)*. Stanford: Stanford UP, 2015.
- Badiou, Alain. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial, 2005.
- . *Filosofía del Presente*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2005.
- Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Avila Editores, 1990.
- Benjamin, Walter. “Sobre el concepto de historia”. La dialéctica en suspenso. fragmentos sobre la historia. Trad., introducción y notas, Pablo Oyarzún. Santiago de Chile: Arcis-Lom, 1995.
- . “Experiencia y pobreza”. Obras, Libro II/vol. 1. Madrid: Abada Editores, 2007.
- Canetti, Elias. *Masa y poder*. México: Random House Mondadori, 2005.
- Deleuze, G.; Guattari, F. *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1988.
- De Luna, Giovanni. *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*. Madrid: 451 Editores, 2007.
- Derrida, Jacques. *Fuerza de ley. El ‘fundamento místico de la autoridad’*. Madrid: Editorial Tecnos, 2002.
- Esposito, Roberto. *Dos. La máquina de la teología política y el lugar del pensamiento*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2015.
- Freud, Sigmund. Obras Completas Volumen XIV: *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- Galende, Federico. *La oreja de los nombres*. Buenos Aires: Editorial Gorla, 2005.
- Rella, Franco. *El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempos de crisis*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1992.
- Schmucler, Héctor. “Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello. Reflexiones sobre los desaparecidos y la memoria.” *Revista Confines* 03 (1996): 9-12
- Virilio, Paul. *Pure War*. New York: Semiotext(e), 1983